

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XXIII

EN LA BATALLA DÍAZ DESTRUYE
EL PODER DE MAXIMILIANO

En febrero de 1867 más de 40 000 patriotas mexicanos estaban en el campo de batalla luchando contra Maximiliano. Casi todos eran cien por ciento indígenas, hablaban muchas lenguas diferentes y a menudo no podían conversar entre sí, salvo en español; sin embargo, actuaban con una conciencia común por su amor a la patria.

Los extranjeros que visitan México se han asombrado al descubrir que en el país no existen problemas raciales. El hombre blanco no considera inferior al indígena. El mexicano de ascendencia europea puede lamentar la pereza mental, la superstición y la indiferencia o incapacidad política para el progreso cívico que, por lo general, evidencian a los descendientes de los habitantes prehistóricos de América como no aptos para confiarles la administración real de la nación, en su actual condición de atraso, pero recuerda que sus ancestros son de razas antiguas, independientes y civilizadas, tiene en gran aprecio sus cualidades dulces y amorosas, aunque de desamparo. No olvida cuántas veces y con qué valor han peleado por la independencia mexicana.

Mientras los soldados indígenas patriotas avanzaban hacia la capital, sin cometer atrocidades ni robos —controlados en el norte por el presidente indígena Juárez y dirigidos en el sur por Díaz, el soldado en parte indígena— Maximiliano y sus generales, con sus fuerzas de austriacos, belgas, negros nubianos de Sudán, renegados mexicanos y chusma de mercenarios procedentes de muchos lugares, se rebajaron al nivel de salteadores de caminos debido a sus métodos. Reclutaban soldados obligando a los ciudadanos que encontraban a incorporarse a sus filas. El tesoro público de todas las entidades era saqueado. Por la noche la policía atacaba las casas de los comerciantes y echaba mano de los fondos.

El libertinaje del saqueo oficial fue cada vez más bárbaro y en ocasiones mujeres y niños eran encerrados en su casa, sin comida ni agua, hasta que sus parientes pagaban un rescate. A los jinetes los detenían en las calles y los despojaban de todo su equipo. Entre dos importantes compañías comerciales tuvieron que entregar un cuarto de millón de dólares a los oficiales maleantes de Maximiliano.

Este robo sistemático no sólo se practicaba en nombre del emperador de México, sino que cuando Miramón, luego de obtener una pequeña victoria sobre los patriotas en Zacatecas, informó que esperaba capturar al presidente Juárez y su gobierno, Maximiliano le ordenó encargarse de que Juárez y sus principales ministros y generales fueran condenados rápido por un consejo de guerra cuando los aprehendieran. Sólo la derrota que el general Escobedo le infligió a Miramón en San Jacinto fue lo que impidió que se ejecutara la orden sanguinaria y cruel de Maximiliano.

En todo el país había un revuelo por la indignación que causaban las noticias que llegaban de las atrocidades imperialistas, y los soldados de la república se movían de prisa para ir al rescate de las ciudades que todavía estaban en manos de los opresores. Los generales Corona y Escobedo marcharon hacia el sur, y el gobierno de Juárez regresó a la capital detrás de los republicanos que avanzaban. En el sur, el general Díaz, después de estacionar tropas que resguardaran todos los puntos peligrosos del vasto territorio que le habían encomendado, se ocupó de

concentrar las fuerzas para atacar a la ciudad de Puebla y luego proceder a tomar la capital.

Maximiliano se encontraba en una trampa. En ese momento tenía suficiente experiencia para saber que cuando avanzaran Díaz y sus hombres, sería imposible oponerle resistencia. Tanto Puebla como la ciudad de México debían caer antes de que llegara el héroe de Oaxaca. En un estado de desconcierto, pidió consejo a su gabinete para saber qué hacer; y sus ministros, auxiliados por Márquez y Mejía, lo convencieron de colocarse como comandante en jefe al frente de sus tropas y salir de la capital para concentrar la fuerza en Querétaro. Por esas fechas, el imperio sólo contaba con las ciudades de México, Puebla y Veracruz, y disponía nominalmente de 20 000 soldados, incluida la fuerza de Losada, el poderoso jefe de bandidos, quien, sin embargo, debilitó el respaldo a Maximiliano al declararse estrictamente neutral en la lucha.

Así pues, acompañado por sus ministros, Maximiliano abandonó la ciudad de México con Márquez y 2 000 soldados, y el 19 de febrero entró en Querétaro, en cuya catedral se entonó un Te Deum especial en su honor.

Mejía y Miramón estaban en Querétaro con sus tropas, de manera que Maximiliano tenía unos 9 000 soldados a sus órdenes inmediatas en Querétaro, pero cuando el ejército republicano al mando de Corona y Escobedo sitiaron la ciudad, Márquez escapó de noche con 400 elementos de caballería y corrió hacia la ciudad de México acompañado por el general Vidaurri. Maximiliano lo había nombrado lugarteniente del imperio. En la capital, Márquez formó una guarnición de 1 000 austriacos montados, 300 franceses voluntarios, dos cuerpos de cazadores y 2 300 traidores mexicanos.

Díaz había iniciado su última marcha gloriosa contra los imperialistas. Después de rechazar el llamamiento secreto final de Maximiliano pidiendo su apoyo, unió las fuerzas del general Figueroa, el general González, el coronel Palacios, el general Alatorre, el general Juan N. Méndez y otros oficiales y con 4 000 soldados se dirigieron a la ciudad fortificada de Puebla. Allí había trincheras y fuertes además de una guarnición de más de 3 000 hombres para la defensa, al mando del general mexicano Noriega.

Díaz y sus fuerzas llegaron frente a Puebla el 9 de marzo de 1867. De inmediato ocupó el cerro de San Juan, el mismo día que tomó posesión del convento de San Fernando. Extendió las líneas de sitio hacia el sur y hacia el este, pero no circundó la línea norte de la ciudad, porque los fuertes en los cerros de Loreto y Guadalupe tenían muy buenas defensas con artillería. Ocupó los principales suburbios de Puebla y conservó un fuego constante sobre la ciudad. Sus fuerzas se fortalecían conforme arribaban refuerzos día con día.

Durante estas operaciones, el enemigo prendió fuego a una tienda situada en el sector de los alrededores de la ciudad que estaba ocupado por los republicanos y Díaz en persona trató de extinguir las llamas. De pronto se derrumbó el techo. El general saltó hacia la puerta, pero de la cintura hacia abajo quedó sepultado en ceniza y escombros. La puerta cayó y lo dejó expuesto a los soldados imperialistas, quienes le disparaban tan de cerca que le chamuscaban la ropa. Los hombres de Díaz lograron desalojar al enemigo, pero los tiradores que estaban al otro lado de la calle seguían disparándole y no podía moverse, aunque la ropa se le quemaba. El coronel Luis Terán, un oficial que después desempeñó una parte importante en la vida de Díaz, trató de salvar a su general y lo jaló de los brazos, sin lograr moverlo. Díaz enfrentó lo que parecía una muerte segura con un rostro tranquilo; pero un ayudante tomó una palanca de cañón y se las arregló para levantar la viga de madera que lo aprisionaba y de este modo sacarlo, dejando sus botas en el rescoldo. No sufrió heridas graves, aunque presentaba fuertes contusiones y quemaduras.

Entre sus tropas corrió el rumor de que lo habían matado y esto los desmoralizó. Díaz montó en su caballo y se presentó frente a las líneas. Los soldados estallaron en gritos y vítores cuando vieron que su héroe estaba vivo. La demostración fue un tributo extraordinario y conmovió de tal manera al general que no pudo decir palabra.

Hacia fines de marzo, desde Puebla el general Noriega mandó decir a Márquez que Díaz lo tenía acorralado, que dos de sus generales resultaron heridos, uno de sus comandantes de batallón muerto, y toda la población de la ciudad se mostraba hostil con él. Márquez tendría que

ir a toda prisa con sus tropas para rescatar Puebla y, si triunfaba, unir a todas las fuerzas del Imperio, o permitir la caída de la ciudad y llevar las tropas de la capital a Querétaro, abandonando todo lo demás.

Frente a esta situación, Márquez decidió ir de inmediato al auxilio de Puebla. Con una increíble actividad, incrementó la guarnición de la ciudad de México para que ésta pudiera defenderse y el 30 de marzo salió rápidamente con un ejército de 4 000 hombres de los tres brazos armados del servicio y veinte cañones, y partió hacia Puebla para aniquilar al ejército sitiador de Díaz.

Al día siguiente, Díaz recibió noticia de que Márquez marchaba en su contra. Al instante reconoció cuán grave era su situación. Si Márquez llegaba antes de que tomara Puebla, las tropas republicanas tendrían que pelear contra el doble de efectivos y quizá los harían pedazos, al quedar atrapados entre dos fuerzas poderosas, las cuales sumaban más de 7 000 hombres en total. Por otra parte, si salía al encuentro de Márquez, la guarnición imperialista de Puebla tal vez lo seguiría y lo atacaría por la retaguardia mientras combatía con la fuerte columna de ayuda comandada por Márquez.

Al estar en ese dilema, el general decidió tratar de tomar Puebla por asalto, a pesar de sus fuertes y trincheras. Era la única oportunidad que tenía de evitar un terrible desastre, ya que si Márquez lograba destruir al ejército republicano que tenía sitiada a Puebla, podría avanzar con las fuerzas imperialistas combinadas para salvar a Maximiliano en Querétaro. Con su habitual sagacidad, decidió sorprender a Puebla en un asalto nocturno.

Nunca se libró una acción estratégica más brillante en suelo mexicano, y no hay prueba más convincente del genio militar de Díaz que el plan mediante el cual atacó con éxito la posición casi inexpugnable de su enemigo, una ciudad fortificada que tan sólo cuatro años antes 30 000 soldados franceses escogidos no pudieron arrebatárle a los republicanos, sino hasta que su guarnición se rindió por hambre.

Aun cuando empezó a sacar a los enfermos, heridos y pertrechos rumbo a Tehuacán, para que estuvieran a salvo en caso de que lo derrotaran, tuvo buen cuidado de ocultar sus intenciones de atacar Puebla,

y nadie se enteró de su plan sino la noche del 1 de abril, unas cuantas horas antes de abrir fuego. Ni siquiera se confió a sus oficiales. “Si mis propios soldados hubieran tenido noticia de mi propósito, podrían haber revelado el secreto y habría fracasado por completo —dice el presidente Díaz—. Si el enemigo se hubiera preparado, las vidas sacrificadas en el asalto hubiesen sido inútiles.”

En la noche del 1 de abril, Díaz reunió a los comandantes de sus fuerzas en una casa que estaba en el centro de sus líneas, donde asignó las columnas de ataque, indicó qué trincheras debían tomar, y con un conocimiento detallado fruto de sus experiencias anteriores al defender Puebla, señaló incluso los muros y puertas que debían romper al entrar a la ciudad.

Como el Convento del Carmen era uno de los puntos más distantes de la plaza en la zona que defendían los imperialistas, decidió hacer un ataque falso en su contra para distraer a las fuerzas del enemigo de las posiciones de batalla reales. A continuación formó 17 columnas de ataque de unos 140 hombres cada una, asignando tres de éstas al amago estratégico del convento y concentrando su artillería frente a las trincheras de éste.

Al observar que los imperialistas no habían protegido sus trincheras de la retaguardia, dispuso su ataque de modo que el fuego de su infantería pasara por encima de las primeras trincheras de la línea elíptica de defensa, alcanzara la retaguardia de las trincheras enemigas del otro lado y, quizá, en la oscuridad, los confundiera y convenciera de que el enemigo había logrado abrirse paso por sus líneas y los atacaba por la retaguardia.

Las tres columnas que debían hacer el ataque falso al Convento del Carmen fueron colocadas cerca de la artillería, protegidas en parte del fuego imperialista —dice el presidente Díaz—. Las otras catorce columnas se formaron en los distintos lugares desde donde cada una debía emprender su asalto.

Hice poner un gran lienzo, formado de piezas de manta, colgadas a lo largo de un alambre tendido de torre a torre de la iglesia del cerro de San Juan y suspendidas hasta el suelo, cuyo lienzo,

empapado en espíritu de resina, debía ser encendido cuando yo lo ordenara, habiendo advertido antes a todos los jefes de columnas de asalto verdadero, que esa gran luz era la señal para iniciar el asalto.

La mayoría de las trincheras del enemigo estaban situadas frente a los edificios y tenían el auxilio de los tiradores colocados en azoteas y balcones, y en las horadaciones de los muros. Para neutralizar en parte el fuego mortal de esas posiciones, mi legión de honor, compuesta sólo por jefes y oficiales que no cabían en las filas, estaban formados en grupos equipados con escaleras, y al momento del ataque general, treparían a las azoteas de los bloques de edificios y causarían confusión entre los fusileros del enemigo.

Desde que la noche entró, había yo prohibido que se hiciera fuego en ninguno de los puntos de la línea, sino solamente en el caso de que el enemigo pretendiera salir.

Este silencio, que pronto fue observado por el enemigo, y la circunstancia de que Márquez [quien marchaba con 4000 hombres desde la capital] estaba a doce leguas a nuestra espalda, hacía creer al enemigo que esa misma noche nos retirábamos, y que tal vez estábamos ejecutando la evacuación de todas las líneas.

Dispuesto todo así, me situé cerca de la Alameda vieja, en un punto donde podía ver la maniobra de algunas de las columnas de asalto verdadero, y las de las tres que debían ejecutar el ataque falso.

Era tal mi escasez de municiones, que en la noche mandé recoger a la caballería todas las municiones que tuvieran en cartucheras, para dotar un poco mejor a las tropas de asalto, consolando a la caballería con la idea de que ella tenía para su defensa la lanza y el sable.

La caballería estaba formada por el sur frente a los cerros, en espera de órdenes; así me podrían servir en una retirada.

El falso ataque al Convento del Carmen ocurrió en la oscuridad a las tres de la mañana del 2 de abril, cuando la artillería de Díaz de repente abrió fuego y las tres columnas que amagaron avanzaron de

prisa. Sin embargo, resultó ser un ataque verdadero y no falso, y la fuerza cuya intención era sólo la de engañar al enemigo en realidad capturó la posición que tenían frente a ellos cuando la reforzaron las reservas de Díaz.

Repentinamente ardió el lienzo preparado entre las dos torres del cerro de San Juan, y mediante una señal convenida, las 14 columnas del ataque verdadero asaltaron la ciudad desde diferentes direcciones.

Parecía que un torbellino abrasador había azotado a Puebla cuando las columnas republicanas cargaban por las calles, llevándose por delante a los imperialistas sorprendidos. Las hermosas iglesias de la ciudad mucho después mostraban las huellas de la destrucción provocada por la batalla de esa noche.

El fuego vivísimo de fusilería y de cañón no duraría en todo su vigor arriba de diez minutos —dice el presidente Díaz—. A los quince minutos ya no quedaban defendiéndose más que las torres de catedral y las alturas de San Agustín y del Carmen. Los cerros que no sólo no habían sufrido ataque alguno, sino que habían sido reforzados con la mayor parte de los prófugos de la ciudad, hacían fuego de artillería muy vivo sobre toda ella, y principalmente sobre las calles por donde podían ver las masas de mis soldados, pues esto pasaba cuando ya la luz del día era clara.

Los asaltantes de cada trinchera tenían que penetrar por un canal de fuegos que despedían las ventanas bajas, las aspilleras, los balcones y las azoteas, más el fuego de artillería y de fusilería que a lo largo de la calle despedía la trinchera.

En estas condiciones estaba la trinchera de la calle de la Siempreviva, que tocó asaltar al comandante Carlos Pacheco, quien peleó con gran brío. Al comenzar su asalto, el enemigo lanzaba de las azoteas no sólo granadas de mano y tiros de fusil, sino grandes granadas, puesto que sólo tenían que encenderlas y dejarlas caer. Un casco de esas granadas hirió a Pacheco en una pantorrilla, y aunque perdía también muchos hombres su columna, avanzó hasta la trinchera. Arrojadados allí los sacos de paja que traían muchos de los

soldados con el propósito de pasar los fosos, pudo pasar Pacheco uno de los primeros y allí también fue herido en una mano. Siguió, sin embargo, hasta la esquina de la plaza, y allí un tiro de metralla disparado del atrio de Catedral puso fuera de combate a algunos soldados de su columna, y a él le rompió el muslo izquierdo. Uno de sus soldados lo tomó en brazos para pasarlo a un lugar menos enfilado por los fuegos del enemigo, y otro golpe de metralla le rompió el brazo derecho, y los dos al soldado que lo conducía.

Era el momento en que llegaban a la plaza, como primeras columnas asaltantes, la que mandaba el coronel Luis Mier y Terán, y la que mandaba el teniente coronel Enríquez, llegando sucesivamente todas las demás.

En ese preciso momento Díaz entró en la plaza y sus soldados victoriosos lo saludaron con sonoros vítores y bayonetas que chorreaban sangre. Hicieron sonar los clarines, ondearon las banderas y dispararon salvas para saludar cuando el día clareaba y les dejó ver a los soldados gritones la figura erguida y el rostro cansado de su dirigente, quien apenas un año y medio antes había bajado por una cuerda desde la azotea de su prisión del convento, a la vuelta de este sitio, y huido en la noche con dos acompañantes para iniciar la campaña extraordinaria que terminó en el exitoso asalto a Puebla y la salvación de la república.

Seguían los disparos hechos desde los fuertes de Loreto y Guadalupe, pero la artillería logró someterlos.

Díaz no sólo había capturado a una parte importante del ejército de Maximiliano, sino también incautado 6 000 rifles, con abundantes municiones, sesenta cañones montados y 130 sin montar, un almacén de pólvora, y una gran cantidad de ropa y otros materiales. También apresó a unos 22 oficiales y líderes que habían traicionado a la república y los pasó por las armas, conforme a la ley. El resto de sus prisioneros estaban bajo rigurosa custodia y a los oficiales los encarcelaron solos.

En la hora de su triunfo, el general dio a conocer un discurso para sus tropas. Es interesante observar la manera en que la sangre latina de Díaz —que por lo común era muy reservado, casi tímido en su trato con otros hombres— afloraba en la retórica en ese momento:

El General en Jefe del Cuerpo del Ejército de Oriente a sus victoriosos subordinados en Puebla:

Compañeros de armas: deseo ser el primero en rendir tributo a su heroísmo. Toda la nación y la posteridad perpetuarán su gloria. Se escribió otra fecha memorable en la ciudad donde Zaragoza eternizó su nombre el día cinco de mayo. A partir de hoy, el 2 de abril de 1867 quedará registrado en el calendario de las glorias nacionales.

Yo tenía grandes esperanzas en ustedes. Los he visto, sin armas, responder al llamado de la patria para armarse en Miahuatlán, en La Carbonera, en Jalapa y en Oaxaca, con los fusiles arrebatados al enemigo. Han peleado desnudos y hambrientos, dejando una estela de gloria tras de sí; no obstante, sus logros en Puebla superaron mis esperanzas.

Un lugar al que no sin razón se le llama invencible y que los mejores soldados del mundo no pudieron tomar por asalto, se rindió ante un solo embate de ustedes. La guarnición completa y la enorme cantidad de material de guerra acumulado por el enemigo son los trofeos obtenidos en su victoria.

¡Soldados! Ustedes merecen mucho de la patria. La lucha que la desgarrar no puede prolongarse. Han dado prueba total de su valentía irresistible. ¿Quién osará compararse con los vencedores de Puebla? La independencia y las instituciones republicanas ya no se tambalearán; es verdad que un país que tiene hijos como ustedes no puede ser conquistado u oprimido.

Intrépidos en la batalla y sobrios en la victoria, se han ganado la admiración de esta ciudad por su valor, y la gratitud por su disciplina.

¿Qué general no se sentiría orgulloso de tenerlos bajo sus órdenes? Mientras ustedes estén conmigo, su amigo se considerará invencible.

PORFIRIO DÍAZ

Uno de los aspectos señalados sobre la captura de Puebla —más notable aun que el plan estratégico, ideado en medio de la confusión de un día de supremo peligro, que permitió a Díaz tomar por asalto una ciudad fortificada sin que su ejército registrara pérdidas— fue el orden perfecto que caracterizó el ataque e hizo posible la victoria. Aunque las tropas republicanas, congregadas a toda prisa desde puntos distantes —muchos de los soldados eran hombres de pésimo carácter y costumbres anárquicas— habían llegado a un grado máximo de indignación por los informes de las atrocidades imperialistas, y por el recuerdo del Decreto Negro de Maximiliano emitido el 3 de octubre de 1865, conforme al cual los oficiales republicanos y sus soldados eran fusilados despiadadamente cual bandidos, disciplina que prevaleció en Puebla después de que la batalla pareció tan perfecta como si no hubiera acontecido lucha alguna. Fue el espíritu disciplinado y moderado de custodia social inspirado por Díaz, aun en ese día de triunfo brutal (cuando las calles de la hermosa Puebla eran una confusión de trincheras, barricadas y prisioneros de guerra en marcha), un espíritu de conservación y un sensato autocontrol lo que en su condición de estadista más tarde extendería a todo un país que estaba hecho polvo y desmoralizado.

En las pasiones y agitación de la guerra, cuando se ha desgastado el brillo aparente de la vida convencional, es cuando se pone muy de manifiesto la fuerza o debilidad de los hombres. Con una gran ciudad y un enemigo indefenso a su merced, Díaz se mostró como un hombre justo y magnánimo.

Los oficiales prisioneros del ejército de Maximiliano estaban en un lastimoso estado de terror. Consideraban que los republicanos eran una horda de salvajes que no perdonarían ni vidas ni bienes. Por creer que los matarían de inmediato, suplicaron a su vencedor que les permitiera ver a sus familiares y a los sacerdotes. “Ordené enseguida que

se les pusieran útiles de escribir, papel sellado de todas clases —dice el presidente Díaz— y que se les aumentaran algunas piezas más, para que pudieran separarse sucesivamente en compañía de los sacerdotes. Pasaron el tiempo hasta las tres de la tarde en confesarse y hacer sus disposiciones testamentarias.”

Díaz reunió a todos los oficiales prisioneros en el Palacio Episcopal y convocó a varios obispos a la entrevista. A continuación se dirigió a sus prisioneros y con voz grave les dijo que merecían la muerte, pero que tratándose de un número tan grande, el gobierno de la república podría ejercer clemencia, en particular porque estaban seguros de que ganarían. Luego anunció que asumiría la responsabilidad de dejarlos en libertad condicional, pero insistió en que debían prometer que si se publicara un aviso en los periódicos en el sentido de que el gobierno no aprobaba su acción, tendrían que entregarse de inmediato. Todos hicieron la promesa solemne.

Uno de los oficiales liberados fue el coronel Vital Escamilla, quien había sido jefe político del distrito de Matamoros Izúcar, y quien, cuando Díaz se escapó de Puebla un año y medio atrás, ofreció una recompensa de su propio dinero por la captura, vivo o muerto, del general fugitivo. Escamilla trató de ocultar su identidad, pero lo delataron ante Díaz, quien lo confrontó con la circular impresa donde ofrecía el pago por su captura, y le dijo en tono seco que le alegraba que el Coronel no hubiese gastado su dinero, le permitió firmar el documento de su liberación y lo dejó salir.

El general también emitió una orden en su jurisdicción militar declarando que

los prisioneros hechos por el Ejército de Oriente en las batallas de Miahuatlán y La Carbonera, en la ocupación de la ciudad de Oaxaca, en el asalto de esta plaza [Puebla] y en la rendición de los fuertes de Guadalupe y Loreto, quedarán en libertad de residir en el país o en el lugar que elijan, permaneciendo por ahora bajo la vigilancia de las autoridades locales y a disposición del supremo gobierno. Los extranjeros que quieran residir en el país quedan

sujetos a las mismas condiciones, y los que deseen salir de la república podrán hacerlo libremente.

Después de liberar a los prisioneros, Díaz informó de su acción al presidente Juárez. La verdad es que este último, por algún motivo que sólo él supo, nunca respondió y de este modo no aprobó ni reprobó la generosidad que Díaz mostró para con sus prisioneros. Ésta fue la primera prueba de que las simpatías personales de los dos líderes máximos de México se iban distanciando.